

El mundo desde dentro

El pensamiento de José Ferrater Mora.

CARLOS NIETO BLANCO

*Prólogo de Victoria Camps.
Epílogo de Javier Muguerza.
Sevilla: Renacimiento, 522 pp.*



Coincidiendo casi exactamente con el trigésimo aniversario de su fallecimiento en Barcelona, aparece un libro llamado a ser, para muchos años venideros, “el” libro sobre José Ferrater Mora: *El mundo desde dentro*, de Carlos Nieto Blanco, uno de los principales expertos en este pensador. Nos proporciona tres vistas mayores. La primera, una documentadísima biografía intelectual: quién fue Ferrater y cuáles los hitos en su carrera. La segunda, una exposición crítica de los aspectos nucleares ferraterianos: principios metafilosóficos, ontología, creatividad narrativa, teorías ético-políticas. Y la tercera, una exhaustiva bibliografía actualizada, algo que, en un filósofo entregado a reediciones y correcciones múltiples,

resulta esencial para no extraviarse: son 50 páginas referenciando escritos “de” Ferrater, 11 páginas de estudios “sobre” Ferrater y siete páginas de literatura selecta.

Es así este libro un homenaje a la memoria de la persona cuya labor constituye su tema. Tributo leal con el pensador y con el lector, que pone en franquía el acceso a una obra filosófica tan importante como compleja. Con ello Ferrater continúa

hablándonos de asuntos que todavía nos resultan cruciales. Esto puede significar o bien que aún somos sus contemporáneos o bien que ya se ha convertido en clásico o bien que hemos de rentabilizar, siendo un poco ferraterianos, la tensión entre ambos polos. Este estatuto ambivalente es compartido por los grandes de la filosofía española de los últimos cien años. Si fueran clásicos, resultarían insuperables (en sus respuestas) pero superados (en sus preguntas); si fueran contemporáneos, insuperados (en sus preguntas) pero superables (en sus respuestas).

Algunos de quienes conocieron al Ferrater veinteañero creían hallarse ante otro Menéndez y Pelayo. Su erudición filosófica-literaria y su poliglotismo asombraban a sus maduros interlocutores, que se confabularon para financiar sus estudios. Sin embargo, aquel genio que amanecía en la España republicana tendría su ascenso y duradero cénit en la diáspora del exilio en América. Primero, en Cuba, con penurias y enfermedades. Después, por mediación del marido de María Zambrano, en Chile, donde comenzó su elevación. De ahí, con ayuda de Pedro Salinas y Américo Castro, a los Estados Unidos, donde alcanzó un puesto estable, que ya jamás dejaría, en Bryn Mawr College, en el extrarradio de Filadelfia y el gran eje universitario de la costa este.

Aunque se suelen emplear las variantes estilísticas “español”, “catalán”, “barcelonés” para dar variedad a la redacción, Ferrater fue un pensador más bien “atlántico”, es decir, integrador de mundo español, anglosajón y europeo continental, con la peculiaridad de que había nacido en el Mediterráneo y quería que se le notase, al pretender que se solaparan las formas de la vida catalana y las virtudes cardinales de su propio filosofar. Ya hubiera querido Cataluña. En muchos aspectos, la auténtica patria de Ferrater era Filadelfia: la ciudad de la declaración de 1776, de la libertad, el federalismo y la búsqueda de la ciencia; la ciudad que le hizo profesor en la primera potencia mundial, de exiliado austral a estrella boreal; donde encontró a la compañera y cómplice de su vida, la filósofa Priscilla Cohn.

En 1983 Carlos Nieto dedicó a la filosofía de Ferrater su tesis doctoral en Salamanca, origen de un libro posterior (1985). Nació así una fluida amistad entre estudiante y estudiado, que duró prácticamente la década final de la vida de Ferrater, con un seguimiento muy estrecho y colaborativo por parte de este de la interpretación que Nieto hacía de su obra. Las anécdotas que al respecto se narran en este libro son más que apropiadas para introducir la intrahistoria de este salto cualitativo en la recepción del pensamiento ferrateriano. Nieto, además, mantuvo cordial relación con un filósofo cercano a Ferrater, Javier Muguerza, y con Victoria Camps, filósofa catalana que también trató al autor del monumental *Diccionario de Filosofía*. Precisamente, de Camps es el prólogo, y póstumo de Muguerza el epílogo, en esta monografía imprescindible.

Nieto ordena su exposición en tres partes: génesis y estructura de la obra de Ferrater; el discurso ontológico; y el compromiso como escritor con la literatura y la política. Un breve examen nos permitirá esbozar la riqueza de sus consideraciones.

Y es que, en primer lugar, además de establecer los jalones en la marcha del pensamiento ferrateriano, se trata de analizar sus problemas y su contexto. Problemas, de los que el mayor es que el Ferrater expositor de otros sistemas haya eclipsado, por el éxito apabullante de su *Diccionario*, al Ferrater generador de un sistema filosófico propio. De ahí que el libro de Nieto busque rescatar a Ferrater de sí mismo, lo que se logra con indiscutible plenitud hermenéutica. Y contexto, porque Ferrater, a pesar de su profesado catalanismo, tiene como referentes auténticos a Miguel de Unamuno y a José Ortega en filosofía española, y en la global, sucesivamente, a los fenomenólogos y existencialistas europeos, a los analíticos anglosajones, y a los neopragmáticos y naturalistas estadounidenses. Parece menor y más bien estilístico el influjo de autores como Eugenio D'Ors, aunque no olvidamos de Buffon su "*le style est l'homme même*".

Unamuno y Ortega marcaron como rasgo del filosofar en España la centralidad de la vida por encima de una conciencia trascendental idealista o de lógica de la ciencia. Ferrater lo asumió. Unamuno, además, había buceado pronto en la lógica de Hegel, aunque posiblemente fuera menos hegeliano de lo que presumía. En todo caso, se proclama la heraclitiana pugna entre contrarios, la paradoja que impide una *Aufhebung*. Nos las habemos con la pertinencia de una dialéctica sin el tercer momento y que en Unamuno es tensión productiva, complementariedad en Ferrater. De Ortega, en cambio, extrae Ferrater la voluntad de claridad y una cierta orientación sociológica del pensar antropológico, que en su caso se ahonda por el protagonismo adquirido por el lenguaje y por su reflexión sobre las crisis de civilización.

Las etapas del desarrollo filosófico de Ferrater lo muestran como una gran señal indicadora de las inquietudes occidentales. Ante el cientificismo sin humanismo o un historicismo escéptico, la respuesta fenomenológica que llega a lo existencial. Pero luego, ante el luctuoso balance de los grandes discursos voluntaristas y utópicos, sobreviene la reacción analítica, higiene contrafantástica, para rebajar la carga eléctrica de los conceptos. Sin embargo, esta filosofía disolvente no era la verdadera respuesta al formidable siglo XX. Había que pasar a una doctrina positiva, pero esta, a juicio de muchos, Ferrater y Carlos Nieto entre ellos, no puede sino atender a los descubrimientos de unas ciencias en permanente crecimiento, base móvil para nuestra razón práctica.

Las partes dedicadas al discurso ontológico, la literatura y la ética prestan un decisivo servicio a la difusión del ideario de Ferrater. Permítasenos abordarlas *cum grano salis* a partir de los célebres trascendentales de la metafísica medieval: *unum, verum, bonum*. El ser, el sentido y el deber ser.

Carlos Nieto orienta con pericia la lectura de la densa argumentación ontológica que Ferrater desplegó en *El ser y la muerte* (1962), *El ser y el sentido* (1967), *De la materia a la razón* (1979) y *Fundamentos de filosofía* (1985). La tesis primordial es la unidad e inmanencia del mundo, que admite la coexistencia de diversos “niveles” ontológicos (físico, orgánico, social, cultural), aunque en continuidad entre ellos, en un complejo de carácter abierto, un “continuo de continuos” que, a través del ser humano, se conoce a sí mismo por medio de la racionalidad: es “el mundo desde dentro”. El continuo de realidades autorizaría a seguir hablando de “materialismo”. Hay, pues, un *unum* y también, como en el Gran Sello estadounidense de 1782, un *e pluribus unum*.

Nieto navega con precaución por las aguas desapacibles que pueden traer zozobra a la nao del materialismo continuista. En el primer continuo de transición, hallamos la diferencia ontológica llamada “vida”. Suena extraño oír que es continua con la no-vida. Una verdadera emergencia es una discontinuidad. La tesis del continuo nos privaría aquí de ver al propio universo como generador ontológico. De lo orgánico a lo social, el continuo resulta menos problemático: el organismo es ya en cierto modo una sociedad de unidades funcionales, y buena parte de la sociología de la generación anterior a la de Ferrater discutió sobre la validez del organismo como metáfora para la sociedad humana. Más enjundioso resulta el tercer y último continuo, entre lo social y lo cultural, pues aquí lo que hallamos son no solamente los signos de conciencia o comunicación social, que ya el animal posee en algún grado, sino el lenguaje humano y su creatividad simbólica. El continuismo del *unum* entre materia y razón se decide, pues, en estos dos tránsitos: a la vida y al lenguaje simbólico. Si la ontología es algo más que el nombre políticamente correcto de la metafísica, el diálogo con nuestro “clásico contemporáneo” debe enfocarse ahí, aviso que, sin la guía de Nieto, sería más difícil de escuchar.

¿Y el *verum*, lo verdadero? Nieto disecciona el proverbial “integrecionismo” (la etiqueta tradicional para Ferrater en el archivo de las filosofías) como actitud, método y sistema. El integrecionismo acepta en los diferentes campos la validez de los extremos, pero no como absolutos, sino como conceptos-límite para describir tendencias. Así, Ferrater, ante la cuestión de los universales, propugna un conceptualismo como mediación entre realismo y nominalismo; en metafísica, entre ser y devenir; en epistemología, entre fenomenismo y noumenismo; en filosofía de la naturaleza, entre mecanicismo y vitalismo; en filosofía del lenguaje, entre pragmatismo y estructuralismo; en metafilosofía, entre ciencia e ideología o entre conocimiento y evaluación orientada a la práctica. En este “empirismo dialéctico” la dialéctica no tiene tercera fase. Ante la contraposición, solo queda un cálculo contractualista, una negociación sobre la fuerza de convicción de las tendencias en

lucha, atendiendo al “estado del arte”. El *verum* histórico es solo la promesa de un *verissimum*; un pacto razonable que algún día acaso sea redimido por un teorema infalible.

Pero, como subraya Nieto, en la cultura no solo existe lo racional, sino también lo irracional. Una de las principales contribuciones del libro consiste en examinar hasta qué punto la narrativa de ficción de Ferrater Mora, en su ostentosa falta de reconciliación con la razón práctica, supuso un desmentido escéptico de su propia filosofía. En una conclusión prudente, se indica que, “si bien la ficción no refuta su filosofía, establece sus límites”. Esta hipótesis es reforzada por el tiempo muy tardío de su novelística. El lector hallará una espléndida reflexión sobre el significado de la literatura en la obra ferrateriana.

Obra de la que se destaca, por último, su vertiente política y ética. Hemos llegado así al *bonum*, el bien. En política, Ferrater era un liberal “libertario” (con su impagable explicación de que “la libertad es libertad para la libertad”), progresista, europeísta y defensor de un modelo federal para España (fue catalanista, pero jamás separatista: le parecía cosa decimonónica). Un liberalismo de raíz ética consecuencialista, similar a la weberiana “ética de la responsabilidad”, pero con una moral anti-antropocéntrica, cosmocéntrica, por ejemplo, en la defensa de los derechos de los animales. Ferrater sostuvo una ética antikantiana y utilitarista: “no” al imperativo categórico innegociable; “no” a la autonomía de la moral frente al mundo social, y “no” al primado de la razón práctica sin tener en cuenta el nivel de nuestro conocimiento del mundo (pues mejorando el saber mejoraría también la acción). Su política y su ética son, pues, también integracionistas, gestoras de polaridades incancelables.

El ciudadano Ferrater Mora no hubiera sido este filósofo Ferrater Mora sin todos los problemas y oportunidades que configuraron una vida en América y singularmente en los Estados Unidos. El papel, sin embargo, que desempeñó la voluntad de no desarraigarse de lo español ni de la personalidad catalana puede considerarse también constitutivo de su logro. Bien señala Nieto que Ferrater no pudo tener en España discípulos, pero sí muchos lectores. Él significaba la capacidad hispana para estar a la altura del pensamiento contemporáneo y la de este para introducirse en lo hispano. El *Diccionario* fue el símbolo más reconocible de ambos mensajes, sin olvidar *La filosofía actual* o *Cambio de marcha en filosofía* ni, como recuerda nuestro autor, la promoción ferrateriana de la filosofía de Ortega y Unamuno en el ámbito anglófono. Un importante trabajo, pues, de Nieto, continuando otros de relieve como *Discurso sobre la democracia* (2020), *Memoria e interpretación* (2016), *La religión contingente* (2013) y *La conciencia lingüística de la filosofía* (1997).

JUAN LUIS FERNÁNDEZ VEGA

